



Juan Goytisoalo
Paisajes después
de la batalla

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JUAN GOYTISOLO

Paisajes después de
la batalla

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

El autor agradece a los corresponsales anónimos de *Libération* su participación involuntaria en la obra: a su presunto homónimo, el remoto e invisible escritor «Juan Goytisolo», la reproducción de sus dudosas fantasías científicas aparecidas en el diario *El País*; igualmente a la DAAD de Berlín la beca que le permitió concluir la novela en Kreuzberg en una adecuada atmósfera de estímulo y tranquilidad.

La Hecatombe

Hasta entonces, el mal –para llamar de alguna manera a aquel conjunto sobrecogedor de circunstancias sólo inopinado en apariencia– se había insinuado poco a poco, por etapas, de un modo sigiloso y a primera vista inocuo, quizá con el deliberado propósito de no alarmar a los vecinos, sensibilizados, por la misma textura heteróclita del barrio, a la pérdida de su primitivo carácter familiar, casi íntimo, a causa de la penetración paulatina, la acción disgregadora y funesta de elementos abigarrados y foráneos, cuya vistosa y finalmente abrumadora presencia se iba transformando, no cabía de ello la menor duda, en una invasión en toda regla. No obstante, volviendo la mirada atrás y analizando las cosas con un enfoque retrospectivo, parecía obvio que aquella acumulación de indicios no era simple producto de la casualidad sino que llevaba, por así decirlo, su propia dinámica, una dinámica todavía oculta, como ese caudal de agua enterrada que se hincha y agranda antes de aflorar súbita e impetuosamente: bastaba con remontarse al tiempo en que aparecieron los primeros signos ominosos y trazar un gráfico, un cuadro clínico, de su irresistible ascensión. Nada o casi nada al principio: algunas inscripciones en tiza, trazadas por mano cuitada y furtiva, obra probable de niños noveleros e inquietos, deseosos de hacerse notar. Único rasgo distintivo: su ininteligibilidad. Estaban compuestas en un alfabeto extraño y los viejos habitantes del barrio pasaban junto a ellas sin advertirlas, como si fueran monigotes caprichosos. Las figurillas absurdas se repetían con todo a lo largo de las paredes desconchadas y, apenas borradas por la lluvia, las porteras de los edificios vetustos o los dueños de los comercios laterales –casi todos mayoristas de pieles, jerseys y géneros de punto–, volvían a aparecer, cada vez más burlonas y llamativas: verdaderas ecuaciones algebraicas reproducidas de casa en casa con pertinacia obsesiva. La hipótesis de una

banda infantil, resuelta a atraer la atención sobre sí y comunicar mediante un lenguaje secreto, gozó durante un tiempo de cierta aceptación: en los cafés, el despacho de bebidas del carbonero o los corrillos formados en la acera cuando la bondad del tiempo lo permitía, se oía lamentarse a los vecinos de la mala educación de los muchachos de hoy día, su desfachatez y falta de respeto, su manía de ensuciar las cosas. Más tarde, alguno, en una pausa de insomnio, se había asomado a tomar el fresco a la ventana a altas horas de la madrugada y había divisado una silueta inclinada sobre la parte baja de la pared del inmueble contiguo: un sujeto de pelo rizado y negro, del que no consiguió ver la cara pero que, de eso estaba seguro y podía jurarlo, no era en ningún caso de los nuestros. Había diseñado unos misteriosos mensajes y, al concluir, renovó la operación unos pasos más lejos. Así lo refirió a sus colegas al día siguiente mientras tomaban una copa de calvados, y la autoría de unos colegiales con los cascos calientes por culpa de seriales televisados o lectura de tebeos fue definitivamente descartada. Los monigotes eran cosa de los metecos que, en número creciente, se infiltraban en los edificios semirruinosos abandonados por sus antiguos moradores y ofrecían la fuerza de sus brazos a los comerciantes acomodados del Sentier. En realidad no son dibujos ni palotes, dijo uno, sino letras de esas con las que escriben ellos y que no hay dios que entienda, todo de revés: las había visto por allá, en su tierra, y aunque no recordaba con certeza su elusiva figura, estaba seguro de que eran idénticos. Los consumidores de calvados aprobaban con la cabeza: sí, son ellos, antes las escribían sólo en su país, pero ahora vienen aquí a huronear y meter el hocico, a manchar y pintarrapear las paredes como si la ciudad fuese suya, una plaga, señores, ¡debería darles vergüenza! Pero no, no tenían amor propio ni respeto ni nada: les conocía él bien, todos obtusos e impermeables, intentar su educación equivalía a perder miserablemente el tiempo. Había que averiguar el significado de sus palotes, quizás se traían algo entre manos y ellos, los nativos, sin enterarse: a lo mejor, se meten con nosotros, nos insultan y amenazan en su idioma, si no fuera así no recurrirían a ese truco para protegerse, vamos, es lo que yo me

digo. Comentarios, teorías, suposiciones, reiterados día tras día mientras los mensajes, pintados con espray grueso, cubrían los muros de las callejuelas adyacentes al bulevar, brincaban sin rebozo a éste, hacían una insolente y provocadora aparición en los bajos de la propia comisaría de policía. ¡Habrás visto, pronto seremos nosotros los extranjeros y ellos, esa catastrófica marea de negros y morenos, como Samba o Alí por su casa: el acabóse, sí señor! Lamentaciones inútiles, profecías macabras que, a fuerza de oídas, nadie tomaba en serio. El barrio estaba cambiando de fisonomía, eso era un hecho, pero no había para tanto: nada se ganaba con gemir, dramatizar las cosas. Al fin y al cabo es un problema de ellos, decía uno de los bebedores de calvados, cada cual tenía sus costumbres, si querían comunicar en su lenguaje era asunto suyo, mientras nos dejen a nosotros el nuestro ¿qué más da? Su argumento, razonable, había convencido: los bebedores de calvados, acodados en el cinc del carbonero, asentían con melancólica resignación. Cada uno a lo suyo y Dios con todos, eso es lo que pensaba él: como dice el refrán, juntos, pero no revueltos. Por eso, aquel día, su pasmo y malestar fueron más duros cuando salió medio dormido a la calle, en busca de su trago matinal de calvados y al levantar la vista de la acera, en donde solía fijarla al caminar, a causa de las cagadas de perro, descubrió que el anuncio del bar había sido sustituido con otro pergeñado en el alfabeto extraño: **حان إزيان**. Atónito, cerró los ojos y los volvió a abrir: la incomprensible inscripción, moldeada en caracteres luminosos, seguía en su sitio. Se preguntó entonces si el local no habría cambiado de dueño y tomó la firme decisión de desapparquiarlo: jamás volvería a poner los pies en él. Iría, en su lugar, al de la esquina que, aunque menos íntimo y un tanto pretencioso, despachaba el alcohol al mismo precio: el Café du Gymnase. Cruzó el bulevar absorto en la digestión de su enojoso descubrimiento, sin percatarse de nada sospechoso o anormal. A pesar de lo temprano de la jornada el río de automóviles era muy denso e invadía ya, como en las horas punta, los pasos de cebra. Ganó el bordillo, justo en el momento en que el semáforo peatonal pasaba al rojo, y contempló la barra siempre llena de

clientes al acecho de una cara conocida. Su mirada resbaló sobre la puerta vidriera y se detuvo en la leyenda en diagonal que la atravesaba: *سندویش*. ¿Será posible?, dijo. Instintivamente, alzó la vista al emblema que irradiaba sobre el toldo de la terraza: *مقهي جيمناس*. ¡También él se había pasado al enemigo! Desamparado, sin dar crédito aún a lo que veía, se volvió a la mole familiar del gigantesco cine de la esquina: ¡el Rex había desaparecido! Bueno, desaparecido no, su masa imponente permanecía en el lugar habitual, con los anuncios de una superproducción norteamericana y la torre circular que de noche vertía cascadas de luz, ígnea como una antorcha; pero sus letras, de varios metros de altura, habían sido reemplazadas por signos de igual tamaño, hoscos e indescifrables. Los carteles murales reproducían también el título del filme y los nombres de los actores en la grafía detestada. Increíble, pero verdad: ¡todos los letreros, sin excepción alguna, habían sido cambiados, el del Madeleine-Bastille, el del club de baile, el del recién inaugurado McDonalds! Se le ocurrió bruscamente la loca idea de que algún emirato petrolero había adquirido sin previo aviso el conjunto del barrio. ¡Eso sí que era el colmo, colonizados por aquella gentuza!: habría que volver a la Resistencia, como en la época de los alemanes. Reparó entonces en que el propio rótulo de la Rue du Faubourg Poissonnière exhibía unos garabatos odiosos: ¡la alcaldía, sí, la alcaldía, había pasado a sus manos! ¿Quién había adoptado tan estúpida y criminal decisión? ¿Se proponía hacer burla del pueblo que democráticamente la había elegido? ¿Acaso no vivían en un país soberano? Se volvió, como un ahogado, hacia la redacción del periódico del Partido: el glorioso Partido de la clase obrera, al que daba regularmente su voto y apoyo, de cuyo mensaje se alimentaba todos los días. No, él debía continuar allí, en la brecha del combate diario, aportando su esperanza y aliento a los humildes en aquellos tiempos difíciles, sembrados de trampas. ¡*L'Humanité* no iba a fallarle, no podía hacerle eso! Su enseña roja, orientada al bulevar, le llenó de consternación: ¡ahora se llamaba *الإنسانية*. El militante bebedor de calvados sintió deseos casi irreprimibles de sollozar: su periódico, su entrañable periódico le había vendido. Se

apoyó en un árbol, incapaz de sostenerse: en la esquina, un grupo de vecinos, anonadados como él, discutían acerca de lo ocurrido, manifestaban su frondoso estupor ante la catástrofe. ¿Qué mano oculta había urdido la horrible conspiración? ¿Por qué no habían sido prevenidos? ¿A quién aprovechaba aquel endemoniado desbarajuste? Numerosos automovilistas de provincias asomaban la cabeza por la ventanilla y trataban de adivinar el significado de un cartel con varias flechas indicadoras: ¿si al menos fuera bilingüe! ¿Qué coño quería decir **مرکز بو مبیڈو اوبرا کنکرد**? En medio del estrépito ensordecedor de los cláxones, algunos se apeaban a interrogar humildemente al corro de individuos risueños instalado en la terraza del café: árabes, afganos o paquistanís que, con naturalidad, casi con de sparpajo, respondían a las preguntas de los analfabetos y les indicaban condescendentemente el camino. Pero el colapso del tráfico parecía inevitable: de la República a la Ópera, el bulevar era una algarabía de voces, bocinazos, insultos, protestas, chillidos. Los guardias estaban completamente desbordados y consultaban en vano el mapa con la nueva nomenclatura de las calles: no entendían ni pío. Ambulancias y coches patrulla aullaban inútiles. Volaban helicópteros sobre la hecatombe de metal y chatarra. Un chicuelo moreno, de pelo ondulado y con la boca llena de risa, subastaba orgulosamente servicios de guía al apuro o urgencia del mejor postor.

Un personaje sospechoso

El autor de la tropelía —empleemos dicha palabra neutra para evitar otras más crudas— estaba en su estudio del séptimo piso del inmueble contiguo al cine limándose tranquilamente las uñas. Su habitación, es verdad, da a un patio interior, y desde la ventana se divisa únicamente una perspectiva de tejados abuhardillados, chimeneas y antenas de televisión, la cúpula verdebiliosa de la Ópera y, esfuminadas de ordinario por el neblumo o semiocultas en las nubes, las siluetas de los rasca-cielos de la Défense, a cuya izquierda podría distinguirse también, con sólo asomarse al antepecho y torcer ligeramente la cabeza, el perfil alastrado del Mont Valérien. La barahúnda provocada por el colapso del tráfico llegaría en cualquier caso a sus oídos sensiblemente amortiguada por la distancia: como el rumor lejano de los aviones solapados por un cielo glauco, las sirenas de alarma antincendio cuyo zurrido venía a recordarle puntualmente que eran las doce de la mañana del primer jueves del mes o el leve repique de las campanas de la iglesia del barrio que, conforme a los misterios de una liturgia aggiornada, sonaba a veces a horas intempestivas. El cercano bulevar podía ser escenario de un drama inesperado y terrible y él, instigador y causante del mismo, sentado en el sofá-cama, lima que lima, sumido en la contemplación egoísta de sus manos, con una indiferencia rayana en la perversidad. Había que rendirse a la evidencia: el espacio material de su desaguisado había dejado de interesarle después de la aleposa perpetración. Como si no fuera obra de él, yacía disperso, en el olvido. Bostezó inmediatamente después, repantigado aún en la silla, atento al vuelo de unas palomas grises como la pizarra de los tejados y a los cúmulos, igualmente grises, que se cernían sobre el pastel circular de la Ópera y su cupulino de apariencia comestible. La hecatombe se producía a un centenar de metros de allí, a tiro de escopeta, pero él —resistamos a la indignación que su comportamiento suscita y

abstengámonos de otorgarle el epíteto que indudablemente merece— como si nada, con la frescura cínica de una lechuga, un paseíto al baño a acariciarse los cañones de la barba ante el espejo, apretarse una espinilla en la aleta de la nariz, cortar con las tijerillas una cana que sobresale en la sien y roza el pabellón de la oreja y, desdeñando la taza del retrete, situada no obstante a dos metros de él, desabotonarse la bragueta, sacar un apéndice arrugado y pequeño, mear directamente en el lavabo: un viejo hábito contraído hace años, después del lancinante dolor causado por los cálculos renales, cuando el médico le aconsejó que controlara el color y densidad de la orina. Ahora, ésta es invariablemente blanca y fluida, como corresponde a quien bebe a diario un litro de agua mineral; con todo, él sigue aferrado a su detestable costumbre, acá y en todas partes: reserva el asiento a las obras mayores y experimenta una viciosa satisfacción en aliviar la vejiga sobre el cuenco esmaltado, coqueto e íntimo como una venera, de los hoteles de cinco estrellas. Después, omite a menudo, contra toda norma de higiene y buen gusto, lavarse las manos; se las frota tan sólo con la toalla y, mecánicamente, es casi un rito, coge la lima de las uñas. Esta vez, en lugar de pulirlas junto al espejo, había vuelto a la habitación, apartado los papeles y periódicos amontonados en el sofá-cama, tomado asiento, en una postura a todas luces inconfortable, en una esquina del mismo. De vez en cuando interrumpe su labor, la maniática contemplación de sus dedos secos y escurridos, para dar una breve ojeada al escritorio cubierto de papeles, la silla con el rimero de diccionarios, las carpetas y libros alineados en los estantes, la ventana entreabierta por la que se filtraba el eco sordo de la ciudad, el concierto de gritos y claxonazos de las víctimas de aquella maligna conspiración suya: la abominable hecatombe. Como el superpatrón de la multinacional que de un plumazo decide el traslado de sus empresas y fábricas a un país rico en materias primas, de mano de obra sumisa y rendimiento máximo, dejando en la calle a docenas de miles de viejos y fieles empleados sin inquietarse un instante de su destino, así nuestro hombre. Cansado del ritornelo —la lima rozaba ya las yemas de sus dedos—, había concluido por in-

corporarse, ponerse el sombrero y el impermeable, garabatear unas líneas en el bloc donde apunta sus mensajes y encargos. Había buscado el manojito de llaves entre los periódicos y revistas hasta dar con él. Entonces salió al pasillo, cerró la puerta a sus espaldas y, con la hoja de papel en la que había escrito unas frases casi ilegibles, se agachó sobre la esterilla del apartamento de enfrente, en donde vive su mujer, y la deslizó bajo la entrada. Nos habíamos olvidado de decirlo: el monstruo es casado.

Diseño de sobrecubierta: Elsa Suárez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: enero 2013

© Juan Goytisolo, 1982
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 32362-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-81-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5456-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)